



A un viejo amigo mío librepensador

Hace poco me encontré con un viejo amigo mío, a quien había perdido de vista hace ya más de veinte años. Me cupo la satisfacción de conversar con él más de una hora, y cuando más amigable era nuestra charla he aquí que de repente con un aire entre sonriente y serio me dice.

—¿Sabes que ya no soy de tus ideas? He leído mucho, he visto mucho y he viajado por todas partes... Soy librepensador.

—¿Como? Tú...?

—Librepensador, amigo mío; tan cierto como es verdad que tengo el honor de decirte lo.

—Tú bromeas.

—De ningún modo, te hablo en serio!

—¿Quieres entonces que yo a mi vez te hable seriamente y libremente y te diga lo que pienso del «libre pensamiento»?

—Estás en tu derecho ¡querido!

—¿Y no te molestarás si, usando del derecho que me reconoces, te hablo claramente?

—¿Por qué me voy a molestar? Tanto más cuanto que reconozco que en este punto, como en todos los demás, es cualquiera libre para pensar como le dé la gana y de manera distinta de la mía.

—Muy bien. Pues hablándote con franqueza, ya que a ello me autoriza nuestra antigua amistad, comenzaré por decirte que el libre pensamiento es irracional en su principio mismo... En efecto hay en derredor nuestro verdades que se im-

ponen por sí mismas y que nadie puede negar a no ser que haya perdido la *chaveta*. En presencia de esas verdades evidentes e indiscutibles, todo espíritu sensato se ve forzado a aceptarlas. Un ejemplo de la aritmética: ¿Puedes tú pensar libremente que 3 y 4 son 9, que 6 por 3 hacen 47?

—No.

—En Historia, ¿puedes tú pensar libremente que Luis XIV y Napoleón no existieron?

—No.

—En Geografía, ¿podrás decirme que Madrid se encuentra en Bélgica y que Londres es la capital de Italia?

—¡No!

—En Geometría, ¿podrás tú decirme que la línea recta es el camino más largo de un punto a otro?

—No.

—En Moral ¿me dirás que el robo, la mentira, la embriaguez, la felonía son cosas excelentes?

—Ciertamente que no.

—Entonces no eres libre para pensar lo que quieras... Piensa que el sol es oscuro y frío... no por eso impedirás que el sol sea lo que es desde hace sesenta siglos que viene iluminando y calentando al mundo... Tu pensamiento debe ajustarse a la verdad y no la verdad acomodarse a tu pensamiento... Ahí tienes esa pared blanca. Piensa, si quieres, que es negra..., y ya verás como se que a tan blanca como antes! Tu pensamiento no es por lo tanto libre ni en aritmética, ni en historia ni en Geografía, ni en moral. Tu pensamiento no es tampoco más libre ante la verdad religiosa que se impone a la inteligencia humana con el mismo derecho que la verdad histórica, científica,

etc. Pretender lo contrario, sería demostrar matemáticamente que falta el buen sentido... o que se está tocando el bombo.

Pero entonces ¿qué haces tú de la libertad, ese dogma sagrado de la sociedad moderna?

—La libertad, amigo, no está en el error... La verdad es la que salva, la verdad es la que nos hace libres..., y fuera de la verdad libertadora del Evangelio, tal como nos la trasmite la Iglesia Católica, la servidumbre de las inteligencias, la esclavitud de las almas... horror! horror!

Las terrijas de mi tío

Oír el sonoro, majestuoso y retumbante—¡Ave María purísima!—con que D. Telesforo tenía inquebrantable costumbre de saludar siempre y cuando ponía el pie en cualquier morada de ser humano, y lanzarse todos los rapaces al encuentro de él gritando: ¡Hola tío Telesforo! ¡El tío Telesforo está aquí!... todo fue uno. Y el tío Telesforo era feliz en medio de las sinceras e inequívocas demostraciones de honda simpatía que le tributaba aquella diminuta plebe, cuyas voluntades él se había conquistado a fuerza de caramelos y bombones y merced a las divertidas al par que fantásticas historias con que cautivaba la atención de aquellos rapaces y rapazas durante las largas horas de la noche al amor de la lumbre.

Acalladas las primeras explosiones de entusiasmo o con sendos caramelos, hubo unos momentos de sosiego; mas pronto comenzaron de nuevo las exigencias de la plebe nunca satisfecha, siempre sedienta de nuevas impresiones... —Cuéntenos un cuento, tío Telesforo, dijo uno, —sí sí, una

historia que nos haga reír, añadió otra;—de la guerra, apuntó un tercero;—no, de ladrones, corrigió un cuarto.—¡Un cuento! ¡Un cuento! corearon todos.

D. Telesforo acarició su lengua y nivea barba, pasóse luego la mano por la brillante calva—acciones ambas que alguno del auditorio interpretó como de mal agüero y aun diagnosticó de pronóstico reservado—, y dijo:

Lo de hoy será historia real y verdadera: me acaeció a mí mismo hace muchos años, y la recuerdo con placer.

El público dió pruebas de asentimiento.

Pues, señor, prosiguió D. Telesforo, siendo yo todavía muy niño,...

—En un sector del auditorio se levantan ruidos y un rapaz de cara redonda como un mazapán interrumpe diciendo: ¡tío Telesforo! que V. también ha sido niño?—¡Calla, tonto que lo dice para despistar! respondió *incontinenti* una niña con aplomo de filósofo.

D. Telesforo prosiguió sin repetir la frase.

...Tuve la desgracia de perder a mis padres y con ellos todos los cariños y todas las ternuras que tan suave tornan la niñez.

Un tío mío, hermano de mi difunta madre, me tomó bajo su tutela, y... no suplió a mis padres, porque la acción paterna nadie la suple; pero sí que él me educó y guió mis pasos por el camino del bien.

Una de mis principales debilidades en aquella edad eran las golosinas; ¿cómo me seducían! sobre todo las torrijas, cuyo solo olorcillo me hacía bailar sobre un pie.

Mas he aquí que cierto día, por mal de mis pecados, vino a mis manos un pitillo; y ¡claro! pensé que lo mejor que con él podía hacer era fumarlo. Pero aquí estaba el *busillis*; ¿cómo lograr mi intento sin que llegara a olerlo mi tío? La cuestión era capital, como quien dice, de vida o muerte. ¡Tatet me dije; hete aquí, Telesforo, que tu tío acaba de recibir una visita, la de aquél buen señor, panzudo por más señas, que siempre que viene a verle... ¡hay para rato! Así que no hay tiempo que perder. ¿Sitio? Pues... aquel lugar que por lo común es *excusado* nombrar... ¿Y los fósforos? Los fósforos... ¡en la

cocina! Pero no, en la cocina está la criada, y... ¡buena es la criada para tales ocasiones!...

Y por un momento casi me hice el ánimo de quedarme sin pitillo por falta de un miserable fósforo. Discurre que discurrirás, por fin me vino la luminosa idea de que en la alcoba de mi tío, sobre una mesita, había una palmatoria y en esta los indispensables fósforos. Pero ¡hum! ¡la alcoba! si precisamente en la sala es donde mi tío está con el señor gordo... Y de nuevo me pareció que el cigarrillo se esfumaba.

Pero ¡qué canastos! me dije; ser dueño de un pitillo y no echárselo, es intolerable, inconcebible. ¡Yo voy, añadí resuelto, a la alcoba y de allí saco cuantos fósforos sean necesario para encender un estanco entero!... ¡De cobardes no hay nada escrito!

A la alcoba daba acceso una puerta posterior; a ella me dirigí: empujéla con cuidado, abrióse ella sin mover ruido, y yo entré conteniendo hasta la respiración, con todo el sigilo que lo arriesgado de la empresa me aconsejaba.

Allí, al alcance de la mano, como quien dice, oí hablar a mi tío... sólo me ocultaba de su vista una entreabierta puerta de cristales esmerillados con caprichosos dibujos. ¡Sentí miedo! y la piel se me puso de gallina...

Adelanté, con todo, y dirigí mis pasos a la mesita donde debían de estar los suspirados fósforos; en efecto allí estaban; pero ¡oh! ¡inesperada y dulce sorpresa! Allí, junto a la palmatoria, apareció ante mis ojos una fuente colmada de riquísimas torrijas... ¡Qué tentadoras! ¡Cómo provocaban mi gula con el suave y delicioso olorcillo que despedían!

Examiné la fuente con mayor interés y anhelo que un chillado arqueólogo escudriña el trasto viejo que a varios metros de profundidad encuentra en prehistóricas ruinas. ¡Cuál de las torrijas podrá desaparecer, pensaba, con menos peligro de que su falta pueda ser advertida? ¿La de encima? ¿la de este lado? ¿aquella que parece que se va a caer?... y mi mano vagaba por encima de la fuente como ave de rapiña que merodea la presa... Pero cada vez que mis dedos nerviosos se arqueaban ya para sujetar alguna de las sugestivas torrijas, retrocedía mi mano sacudida

por la impresión de una voz que me decía en lo interior: ¡ajo, Telesforo, que te puede costar caro! Y yo no podía decidirme por dejarlas de probar, ni me atrevía a tocarlas... Por unos momentos estuve indeciso, luchando entre el apetito que me seducía y el temor que me repelia; entre el olorcillo que me hacía la boca agua, y el resquemor de lo que podría sobrevenir...

La prudencia triunfó, y me dije: ¡Vamos, que torrijas y cigarro no deben de saber bien a la vez! Despaquemo este, y luego... ¡Dios dirá!

Sin apartar la vista de la fuente, alargué la mano para coger la caja de fósforos, pero con tal mala suerte que di un pequeño golpe a la palmatoria, la cual, naturalmente, movió un poco de ruido. Lo inesperado de este me hizo dar una sacudida en todo el cuerpo, y al contraerse la mano di con ella en la palmatoria que rodó al suelo con el consiguiente estrépito...

—Oye, has oído ahí dentro ruido?... Espera, que temo no sea el gato... dijo mi tío al señor gordo.

Fué para mí un momento de angustia atroz. Quise lanzar corriendo hacia la puerta, pero ¡era inútil! mi tío llegaba antes. ¿Qué hacer? tiréme al suelo como una pelota, encógime y medio rodando, medio a gatas, me agazapé debajo de la cama, algo así como quien se acoge en sagrado.

¡Zapel gritó mi tío dando una patada en el suelo. ¡Zapel repitió el señor gordo, que también entró en la alcoba, y asimismo dió su estrepitosa patada en el suelo. ¡Zapel decía uno, ¡zapel!, repetía el otro, y yo allí hecho un ovillo, temblando, sudando hasta por las rodillas, me decía para mis adentros: ¡zapel! y lo que me aguarda si Dios no me saca de esta.

—Se habrá huido, dijo mi tío... Las torrijas están intactas, ¡menos mal! cerremos la puerta...

Ambos huéspedes se alejaron. Yo daba gracias a Dios, a la Virgen y a toda la corte celestial, por cuya ayuda salía ileso de aquella amenazadora tormenta, lo cual para mí revestía la trascendencia de aquel milagro que yo había leído en la Historia Sagrada, de los tres jóvenes arrojados al horno encendiéndose sin que las llamas chamuscasen ni un hilo de sus vestidos, ni un pelo de su cabeza...

CASOS Y COSAS

Y comencé a salir con lentitud de aquel providencial refugio sin acordarme ya de los fósforos, ni pensar en torrijas, suspirando sólo por verme fuera de aquella alcoba a donde había ido por lana, y sólo por milagro no salía trasquilado.

Ya estaba a punto de salir de debajo la cama, cuando queriendo apoyar la mano en el suelo, la fui a poner sobre un valde o cubo o caldero o no sé qué diablos de trasto metálico que allí había visto. Aquello metió un ruido estridente que a mí me heló la sangre.

—¡Todavía está el gato ahí! ¡Dian- tre de gato!... ¡Lo que es de esta es- carmienta!... refufuñó mi tío.

Por debajo de las colgaduras de la cama ví cómo se acercaban los pies de ambos interlocutores, esta vez con sendos bastones que se mo- vían siniestramente.... ¡Zapel! ¡Zapel! gritaron, y con el palo daban contra el suelo debajo de la cama, y hacían sonar el mismo cacharro metálico co- mo si tocasen a rebato o a fuego. Retrocedí cuanto pude hasta achanta- rme junto a la pared y allí aguardé el desenlace de aquella aventura, renegando de las torrijas y de los fósforos, maldiciendo de todos los gatos y detestando de aquel maldito trasto que me había puesto de nuevo entre las astas del toro.

Agitaban la cama.... y a mí me pa- recía que la fin del mundo había llegado. Daban de nuevo con los pa- los en el caldero.... y a mí se me figu- raba que estaba sonando la trompeta del juicio y que yo era un réprobo: porque creo que a los tales asiles deberá sonar aquel día la que toca- rán los ángeles llamando los muertos a juicio. Gritaban con nuevo y for- midable enfado: ¡zapel! ¡zapel!.... y yo creía que estaba oyendo la tremenda voces de ¡levantaos muertos y pre- sentaos a juicio!...

Por fin levantaron las partes col- gantes de la ropa de la cama y se inclinaron para escudriñar lo que de- bajo se pudiera ocultar... y ¡claro! allí me hallaron a mí hecho un ovillo, temblando como un azogado, gimo- teando sin osar rebullirme....

—¡Mira, mira el gato! exclamó mi- tío con voz burlona. Sal, hombre, sal... el olorcillo de las torrijas, eh?

Como reo convicto y confeso hube de comparecer ante mi tío y de aquel señor, quejándome de la tierra que en aquellos momentos angustiosos no me ergullía; tanta era mi ver- güenza y confusión.... y el miedo de

que mi tío tuviera la ocurrencia de medirme con el bastón que en su mano tan poca gracia me hacía en aquellas precisas y críticas circuns- tancias.

¡Ya arreglaremos las cuentas! me dijo tan sólo, mientras con el bastón me señalaba la puerta....

La hora de comer llegó sin que se registraran nuevos acontecimientos. La comida transcurrió tranquila sin que se sacara a relucir mi aventura, Mas he aquí que a los postres me ví salir a la sirvienta con la fuente de las torrijas.... Bajé los ojos; me puse más rojo que un moco de pavo y temí que la hora de las venganzas, o lo que era lo mismo, «de ajustar las cuentas», había sonado.

¡Telesforo! me dijo secamente mi tío: ¡ahí de rodillas, brazos en cruz!..

Y despacharon las torrijas colmán- dolas de elogios por su esquisitez mientras a mí se me hacía la boca agua y los brazos perdían hasta la sensibilidad por el cansancio.

Ocho días a reo hubo torrijas para postre, los mismos que yo hube de presenciar como los demás las sabo- reaban, brazos en cruz y tragando saliva...

Muchos años han transcurrido desde el percance de las torrijas, pro- siguió D. Telesforo en tono algo más elevado; ¡cuantas veces me he visto acariciado por seducciones no ya de torrijas ni de pitillos, sino de ese cortejo de concupiscencias que de con- tinuo nos impelen a que transgredia- mos los preceptos de la Ley de Dios... Pero puedo levantar mi ya arrugada frente segura de que ningún vergon- zoso estigma la mancilla.

En los rudos combates de la vida mucho me ha ayudado el recuerdo de las torrijas de mi tío, con el momen- táneo placer a que brindaban y las amarguras que de hecho ocultaban.

¡Cuántas veces he bendecido la memoria de mi buen tío, que tan a costa aun de mis costillas si las cir- cunstancias así lo exigían supo enca- minar mis pasos por el camino del bien! Yo se lo agradezco de todo corazón y confío que mis buenos pa- dres también se lo habrán agradeci- do allá en la gloria, donde, como es- pero, todos han recibido ya el pre- mio de sus cristianas virtudes.

—¡Dichosos los padres y aun los tíos que saben castigar a tiempo!

M. La Marcha

—España es un país atrasado, me decía un extranjero.

—El nivel de la cultura española está a la altura del de otras na- ciones, respondía yo.

—Teneis pocos sabios y esos de poca valia y por contera persegui- dos.

—Caballero V. delira.

—A los países extranjeros no ha llegado más que la fama de dos: Ferrer y Unamuno. A Ferrer lo fusilas- teis; a Unamuno lo habeis desterrado.

—¡Acabáramos! ¿No habeis de tener por poco valiosos a nuestros sabios? Si las dos muestras que co- noceis son para echar de espaldas.

—Pero ¿hay más sabios en España?

—Pero, extranjero de mi vida ¿es que esos dos son sabios? ¿Aquí los ha tenido alguien por sabios?

—He de decirte, español, que, aun por benevolencia, nos costaba a los extranjeros dar el nombre de sa- bio a Ferrer. Benevolentemente se lo estamos concediendo a Unamuno.

—¡Paes ya sois benevolentes!

—Y claro está, amigo español, que al pensar nosotros que esos dos pobres hombres son dos cumbres de vuestras ciencias y letras declamos: ¡qué bajo está el nivel de la cultura española!

Dos días, no más, habían pasado de sostenida esta conversación quan- do se me presentó el extranjero y me dijo:

—¡Qué engañados vivimos más allá de vuestras fronteras! En una rápida ojeada he podido ver que te- néis hombres portentosos en física, en química, en matemáticas, en histo- logía; en la novela, en la oratoria...; hombres que honran a vuestro pueblo, que muchos de ellos son honra de la misma humanidad; y no constituyen un núcleo reducido; sino que son ma- chos y en todos los ramos del saber...

¡Ah! y ninguno de ellos se llama Ferrer, o Unamuno; mas en des- cargo he de decir que la culpa no es toda nuestra: es de las agencias ju- días... que os odian; es de ciertos periódicos vuestros que se llaman in- telectuales, y nosotros cándidos lo

hemos creído así, por no saber, que en España, en este noble pueblo, los verdaderos sabios son modestos y solamente la pedantería comete la ridiculez de llamarse intelectual; no conocíamos los extranjeros vuestro refrán castellano: Dime de qué alardeas y te diré de qué careces.

Y no solamente es nuestro crédito intelectual el que está a merced de agencias extranjeras y de unos cuantos necios pseudo-sabios españoles; es también nuestro crédito comercial industrial y monetario.

Nuestra peseta acaba de ser objeto de una ofensiva extranjera que ha logrado depreciarla y colocarla entre las monedas enfermas. Han sido precisas fuertes medidas de Gobierno para detener el ataque y hacer reaccionar la peseta.

Cuanto tienen de antipáticas estas ofensivas, es de simpática la ofensiva emprendida por la policía de Barcelona contra las publicaciones pornográficas.

Dice «El Diario de Barcelona»: «En una librería de la calle de la Paja ha practicado la policía un registro incautándose de 23 libros, 300 folletos y dos colecciones de postales pornográficas.»

«La policía ha decomisado de los kioscos y librerías veinte mil volúmenes pornográficos. Según manifestó el Gobernador civil el servicio obedece a reclamaciones que han sido formuladas al Gobierno y que le han sido transmitidas por el subsecretario de Gobernación. Los ejemplares ocupados serán quemados.»

Buena ofensiva es esa, que conviene verla extendida a toda España.

A. Hernán.

Las mejores joyas

La reina doña Ana de Austria era tenida por una de las más bellas mujeres, que brillaban en las cortes de su tiempo.

Mayor era aún la hermosura de su corazón. Allá va una muestra.

Enteróse S. Vicente de Paul, que la «bella regina dei bracci bellini»,

—que decían los embajadores italianos,—iba a dar una gran fiesta en Palacio.

—Señora, le dijo el Santo, si vos dais una fiesta a los ricos, me ayudaréis a que yo dé también una fiesta a los niños de mi asilo?

La reina sin contestar palabra, quitóse una magnífica diadema, que ceñía sus sienes y la entregó al Santo diciéndole:

—Para vuestros pobrecitos niños, Padre Vicente.

Una dama de honor, que presentó la escena preguntó a la Soberana:

—Señora, ¿cómo os desprendeis de esas joyas, que han de haceros falta para la fiesta de ahora?

Y arrancando la reina de un florero próximo unas rosas naturales, y poniéndolas en su peinado, contestó:

—Estas flores me adornan más que las más hermosas joyas, talladas por el más hábil orfebre; son joyas labradas por el Gran platero del Universo.

Y viendo que los ojos de S. Vicente se llenaban de lágrimas, agregó:

—Y no hay perlas que valgan tanto como las lágrimas del Padre Vicente.

Quienes hayan visto el retrato de Ana de Austria recordarán, que ostenta rosas en el peinado en memoria de la hermosa acción de la altiva española, que fue reina de Francia, y reina de la belleza en su tiempo.

HACIA LA GRANDE OBRA

Los legionarios en marcha

Con este sugestivo título acaba de editar el R. P. Dueso un elegante folleto destinado a dar a conocer la hermosa Asociación de los Legionarios, sus elevados fines, su meritísima actuación, sus extraordinarios privilegios. Entre estos figuran algunos muy interesantes y llamativos para el tiempo de cuaresma, como el de poder comer pescado en la colación de todos los días de ayuno; el poder conmutar los sacerdotes un día cada semana el oficio divino por tres partes de resario; el poder anticipar cada día todo el rezo del día siguiente hasta Nona inclusive; la Bendición Apóstolica de su Santidad para el artículo de la muerte, etc. El folleto es de culminante actuali-

dad y de presentación fina y exquisita, y se facilita a cuantos lo pidan a cambio de cualquier donativo para la Buena Prensa en las oficinas de los Legionarios (Barquillo-4 y 6), donde pueden también hacerse las inscripciones en la Asociación.

Quando haya leído este periódico, no lo tire ni lo rompa: délo a leer.

OBRAS

DE
D. Adolfo Clavara

Edición completa
nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.
Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1.75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales
Media id... 2 » » » »
Un cuarto id... 1 » » » »
Un octavo id... 0.50 » » » »
Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante). Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla 4, duplicado.

Imp. de La L. Popular.—Orihuela